

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

José María Marco. *Velada en el Pardo. Franco y Azaña* . Edición Monóculo, 2024, 338 pp

Inger Enkvist
Universidad de Lund (Suecia)

“Velada en el Pardo. Franco y Azaña” es un libro sui generis, por varias razones. Primero por su estructura. El tema principal son las semejanzas y diferencias en la vida de dos personajes que durante la Segunda República llevaban unas vidas paralelas. La comparación se lleva a cabo a través de tres textos que se complementan. El primero es una pieza de teatro que es un texto semiliterario y transmite las visiones políticas opuestas de los dos protagonistas. La segunda parte es una descripción de algunos aspectos de sus vidas durante la Segunda República, destacando tanto similitudes como diferencias. Se habla de vidas paralelas porque los dos tienen más o menos la misma edad, intervienen en la vida pública y sus caminos se cruzan. Los dos se interesan por el Pardo, una residencia donde vivieron los dos. La tercera parte del texto nos entrega unas cartas oficiales que intercambiaron en 1933 cuando Azaña era ministro de guerra y Franco destinado por Azaña a las Baleares.

Por tratarse de materiales heterogéneos es difícil de catalogar el libro. Es en parte literario y en parte histórico y biográfico. El autor, José María Marco, lleva décadas trabajando sobre Azaña y una de sus últimas publicaciones sobre Azaña se titula “Azaña. El mito sin máscaras” (Encuentro, 2021). En otras palabras, el autor conoce bien la vida y obra de Azaña. Es probable que también los lectores de *Veladas del Pardo* conozcan mejor el pensamiento de Azaña durante los años 1930 que el de Franco.

En la primera parte del libro, Marco se ha permitido jugar. Azaña y Franco estuvieron los dos en el centro de los eventos políticos de la Segunda República, pero antes de 1936 Azaña era el más conocido. El autor ha utilizado su conocimiento de las fuentes para seleccionar afirmaciones de los dos protagonistas y confeccionar una conversación entre los dos que ilustra el pensamiento de cada uno destacando el contraste. Se trata de un juego de

rompecabezas, basado en una documentación minuciosa con referencias al pie de página. La aportación de Marco como autor está en la idea de imaginar la conversación y en la selección de los temas abordados y de las citas. En esa conversación imaginaria, los datos son históricamente exactos y provienen de fuentes escritas, pero se presentan como parlamentos y están pensados para usarse de manera oral y por eso de fácil acceso.

La pieza de teatro contiene también diferentes partes claramente separadas. La conversación entre Azaña y Franco constituye el centro del relato, pero el autor ha añadido una introducción y un comentario final. En el primer acto hablan dos personajes, Garcés y Churruca, nombres que Marco ha recuperado de las obras literarias de Azaña y de Franco respectivamente. Como se sabe, Azaña escribió novelas y Franco un guion de cine. Churruca es militar y Garcés funcionario. Su conversación introduce al espectador o lector en el contexto de los años 1930. En el tercer y último acto, después de la conversación entre Azaña y Franco, se presenta un intercambio de ideas entre dos trabajadores de teatro, dos personajes no intelectuales. Este final añade un toque de humor a una pieza sería y permite comentar la conversación entre Azaña y Franco.

Cabe destacar que el autor ha tomado en cuenta los aspectos prácticos de una producción teatral. Ha pensado en aspectos que facilitan la representación de su obra. Se necesita cambiar muy poco en el escenario entre los tres actos, y solo hacen falta dos actores, porque un mismo actor puede hacer de Garcés, Azaña y Paco y otro de Churruca, Franco y Manolo. Así, tanto la puesta en escena concreta como la estructura del contenido se caracterizan por una extrema sencillez. Lo que es difícil, claro, es que algunos espectadores tienen ideas preconcebidas sobre los personajes y no quieren oír otras perspectivas.

Para retomar los tres actos de la pieza de teatro, en el primer acto los personajes evocan el contexto de los años 30 y las ideas que influyeron en los dos protagonistas. Se habla de los asesinatos perpetrados por los dos bandos y del fascismo. Se mencionan los títulos de las diferentes obras literarias de los dos protagonistas, y se expresan dudas sobre la fibra democrática de los dos. Se observa que para el desarrollo ideológico de Azaña fueron importantes los nacionalistas franceses Barrès y Maurras. No se indica en qué año se desarrolla la escena, pero se habla desde una perspectiva de hoy, porque se comenta cómo se cambian los nombres de las calles y de que hay una "pasión nacional por desenterrar a los muertos". Con esta información, el lector o espectador tiene un trasfondo de los años 30 para entender lo que sigue.

El segundo acto consiste, como se ha dicho, en un diálogo entre Azaña y Franco. La escena está situada en el Pardo donde vivieron los dos, pero el momento no está precisado. Se da a entender que la conversación se desarrolla fuera de la realidad temporal. Franco hace referencias a la obra literaria de Azaña y a los cuadernos del diario de Azaña que quedaron en posesión de

Franco y que este guardó por entender plenamente su valor histórico. Los cuadernos critican duramente a los políticos de la Segunda República.

En la conversación se alude a los sucesos de la Segunda República, y Franco menciona que advirtió al gobierno en dos ocasiones durante la primavera de 1936 de que violencia y el desorden estaban amenazando al país. Los dos interlocutores se reprochan el uno al otro lo que sucedió. Franco le recuerda a Azaña las quemaduras de conventos y los asesinatos políticos, y Azaña le recuerda a Franco su obligación de obedecer al gobierno. Franco contesta que su lealtad es con la patria y no con el régimen. Franco termina diciendo que los españoles deberían haber sido más realistas. Los parlamentos de Azaña reflejan una tendencia a no responsabilizarse por sus actos. Entre otras cosas, evita contestar a la pregunta sobre lo que hubiera pasado si los revolucionarios del octubre de 1934 hubieran ganado. Azaña habla siempre de lo que hubiera querido que sucediera y no de lo que hizo él mismo.

La obra termina con otro diálogo entre Manolo y Paco que trabajan en el teatro poniendo en orden los accesorios después de cada función. Paco no se acuerda de dónde tiene que poner el cenicero porque no se acuerda si el fumador es Azaña o Franco. Manolo tiene un anillo en la oreja y menciona que la pieza no le gusta a su marido que es activista. Manolo confiesa que cuando empezó a trabajar con el proyecto había mentido a su marido diciendo que estaba trabajando en algo de Almodóvar. Paco y Manolo comentan que el tema de la pieza no gusta a todos y que no recibe subvenciones como otros proyectos de teatro. Además, quien trabaja con una pieza así corre el riesgo de ser considerado un leproso por la élite cultural. Manolo observa que los amigos del autor le han aconsejado que no trate temas de este tipo, porque no gustan a nadie. La explicación que le ha dado el autor es que quiere que los espectadores reflexionen sobre lo que realmente sucedió. La pieza termina con una mezcla de seriedad y humor porque, al mismo tiempo que oímos hablar a Manolo y Paco, se declara un fuego en una papelera y se oyen sonidos de bombardeo. Este tercer acto es juguetón porque estamos escuchando a dos hombres con pocos conocimientos históricos.

La conversación entre Manolo y Paco no solo sirve para aligerar el tono, sino que permite también al autor cuestionar lo oportuno del texto que estamos leyendo o viendo. Los dos trabajadores que están arreglando el plató se preguntan a quién se le ocurre sacar a Franco en el escenario y si se trata de una pieza de teatro facha. Han pasado más de ochenta años de los sucesos que se cuentan, y ¿a quién le interesa lo que dijeron Azaña y Franco? Paco cree que sí interesa y que lo mejor es estudiar lo que realmente pasó para poder entenderlo y después dejarlo todo atrás.

Desde el punto de vista literario, Marco ha realizado un buen trabajo. Ha encontrado un tono adecuado en el lenguaje, y el diálogo fluye de manera muy

natural a pesar de ser artificial y tratar temas muy serios. El diálogo entre los dos es respetuoso y ninguno de los dos olvida el papel oficial del otro. Con los tres actos con protagonistas diferentes, hay cierta variación para el espectador, pero el enfoque está siempre en el contraste entre el pensamiento de uno y de otro. Es una idea ingeniosa terminar la pieza con el tercer acto humorístico en el que el autor se muestra autocrítico y en que se contesta a las posibles objeciones de los espectadores. Además, por las características prácticas que tiene el texto, debería ser fácil representarlo.

La segunda parte del libro es un ensayo en el que se describen las vidas de Azaña y de Franco como vidas paralelas. Los dos se vieron, se escribieron y chocaron alguna vez. Un famoso encontronazo se produjo cuando Azaña decidió cerrar la Academia Militar de Zaragoza que Franco dirigía. Franco aceptó la orden con disciplina y por deber, pero sin entusiasmo. En el ensayo, Franco aparece como un técnico disciplinado, mientras que Azaña no deja de ser un diletante, una palabra que se utiliza en el libro. Los dos comparten un interés por modernizar la educación, Franco la militar y Azaña la obligatoria. Franco quiere menos aprendizaje memorístico y más comprensión, y Azaña quiere impedir que enseñe la Iglesia. Comparten una actitud crítica hacia la improvisación en los levantamientos militares. Azaña reconoce la imprudencia e improvisación de los conjurados de San Sebastián en 1930. Como se sabe, fracasaron con su intento de levantamiento en Jaca. Franco por su lado condena la “sanjurjada” de 1932, en la que no estuvo implicado.

El Pardo fue un interés compartido. Azaña se interesó por el patrimonio del Estado y, además, vivió en el Pardo después de ser nombrado presidente en mayo de 1936. En el Pardo se instaló también Franco después de la guerra. Ya que el Pardo ha sido domicilio de una serie de reyes españoles, instalarse allí es querer inscribirse en la historia española. Los dos respetan el legado histórico que representaba el edificio y el parque. Por ejemplo, Franco prohíbe que se corten encinas en el parque. Los cambios que introduce Franco tienen que ver con medidas de protección física, pero, además, hace instalar una sala de proyección de cine. Franco ve mucho cine español y americano. Marco cree que el Pardo llega a ser un elemento en la creación de Franco de una imagen de sí mismo como un personaje público austero y retraído cuando en épocas anteriores había sido hablador y trasnochador.

Marco comenta que Franco había aprendido del régimen de Primo de Rivera que los pueblos no pueden vivir sin política, pero, a pesar de esto, como Primo de Rivera, fracasó en su empeño de organizar una vida política en un régimen autoritario. Franco solía insistir, como se sabe, en que él gobernaba y no hacía política. Su manera de gobernar se caracterizó por la prudencia y el realismo, pero también por la falta absoluta de tolerancia por otras opciones.

La tercera parte del libro es la más breve y consiste en unas pocas cartas intercambiadas en 1933 entre Azaña y Franco. Son cartas oficiales y el tono entre los dos es correcto y profesional. Franco describe la desprotección militar de las costas de las Baleares y también unos intentos en Menorca de infiltración comunista en la tropa. El informe de Franco es preciso y detallado. Azaña contesta agradeciendo las informaciones. En comparación con la carta de Franco, la de Azaña tiene un carácter retórico. Franco parece más serio y responsable que Azaña que se expresa de manera más vaga.

En "La velada del Pardo", Marco presenta a Azaña y Franco con sus similitudes y diferencias. Los dos querían cambiar la sociedad, los dos eran antiliberales, pero ninguno de los dos tuvo éxito a largo plazo. Los dos escribieron textos que incluían aspectos autobiográficos como el ajuste de cuentas con sus padres. Un símbolo del nexo que hubo entre los dos son los cuadernos de memorias de Azaña. Como se sabe, fueron robados del domicilio del cuñado de Azaña, Cipriano de Rivas Cherif, afincando en esos momentos en Ginebra. Los cuadernos robados acabaron en manos de Franco y éste no quiso nunca deshacerse de ellos.

En "La velada del Pardo", Marco no deja su papel de historiador, pero aprovecha dos géneros literarios para transmitir su conocimiento, el drama y el ensayo. Como autor ha sido creativo al darse cuenta de que podía aprovechar sus vastos conocimientos sobre la época para montar este nuevo libro y llegar a más lectores. Ha sido una idea afortunada de hablar de vidas paralelas porque contrastando las ideas y las actuaciones de Azaña y de Franco, sus respectivos perfiles se perciben con más claridad.

Otro efecto más viene de fuera del texto y consiste en tratar a Franco como un personaje histórico entre otros, lo cual permite avanzar hacia una valoración más equilibrada de su importancia histórica. Marco está rompiendo un tabú cuando describe a Franco como un personaje cualquiera y no como un monstruo. La conclusión a la que ha llegado Marco después de muchos años de estudio es que Franco fue algo menos monstruoso de lo que suele decirse y Azaña algo menos santo. En la pieza de teatro, el autor pone esta conclusión en boca del personaje Manolo.

